

## EN HONOR DE URDANETA



Difícilmente podría haberseme dado encargo que me fuera más satisfactorio que el que me confirió la Comisión constituida en Villafranca para honrar la memoria de Fray Andrés de Urdaneta: el de narrar en las páginas de nuestra cada vez más querida Revista EUSKAL-ERRIA, donde hice mis primeras armas literarias, las fiestas celebradas por aquel pueblo en loor del más ilustre de sus hijos, cuyo retrato se ha colocado en el salón de sesiones de la Casa Municipal.

Desde que se trató de este nobilísimo proyecto, y se buscó, favoreciéndome mucho en ello, mi humilde ayuda, la presté con ardoroso entusiasmo, no sólo porque tengo por deber ineludible de patriotismo contribuir al enaltecimiento de los varones esclarecidos que han visto la luz de la vida en la Euskal-Erria, sino por los méritos especialísimos que concurren en la grandiosa figura de Urdaneta, cuyo nombre y recuerdo irán agigantándose en la memoria de las gentes, á medida que se vayan poniendo en claro las altas y singulares cualidades que en él resplandecían, y se vea, á la lumbre sosegada y serena de una crítica imparcial y justa, lo que valía como guerrero, como marino, como explorador, como hombre de ciencia, como patriota, como religioso ejemplar y como misionero abrasado por la santa sed de llevar á todas partes los esplendores de la fe, los destellos vivísimos de la esperanza, y los consuelos inefables de la caridad que se nutre y alimenta con las aguas regeneradoras que brotan de la Cruz.

Urdaneta es, y la posteridad irá confirmándolo cada día, una de las glorias más altas, más puras y más indiscutibles del país bascongado. Sin incurrir en exagerada hipérbole, podemos afirmar que su nombre es legión, y basta por sí solo para llenarnos de satisfacción legítima, por los servicios verdaderamente inapreciables que, mediante

él, prestamos á la Madre España. Urdaneta, por su tenacidad incontrastable, por su arrojo en los combates, por su pericia en el arte náutica, por lo encendido de su fe, y hasta por el espíritu gloriosamente aventurero que le distinguía, es viva representación del carácter bascongado; y sin que el campo de su acción se hubiese limitado nunca al pedazo de suelo en que vió la primera luz, y discurrieron sus primeros años, influyó poderosamente en sus destinos futuros, y abrió á los hijos de Aitor horizontes vastísimos donde pudiesen desplegar sus vuelos, y demostrar hasta qué punto llegaba lo heróico de su esfuerzo cuando se movían á impulsos de la santa caridad de la patria.

Enaltecer á Urdaneta es algo tan simpático para todo corazón bascongado, que cuando se contribuye á la glorificación de este varón insigne, parece que el corazón experimenta la dulce satisfacción del deber cumplido. Así lo habrá experimentado seguramente el noble y leal pueblo de Villafranca, cuando, con una modestia encantadora, pero con una cultura que le honra y favorece mucho, ha celebrado el 29 de Julio último una hermosa fiesta consagrada á alabar la memoria veneranda de Urdaneta, d quien tiene aquel pueblo, y con justísima razón, por el más ilustre de sus hijos.

Tiempo hacía que en Villafranca, y á petición de varios vecinos, entusiastas amadores de los timbres históricos de su municipio nativo, se habia constituido una Comisión encargada de honrar la memoria de Urdaneta, cuyo nombre no alcanzaba, por causas diversas, entre sus paisanos, aquella gloriosa popularidad á que por tantos y tan señalados títulos tenia incuestionable derecho. Uno de los primeros acuerdos adoptados por esa dignísima Comisión, fué el de adquirir un retrato del insigne cosmógrafo. Solicitáronlo del convento de San Agustín de Manila, donde se conserva uno que, según se cree, no reproduce del todo mal los rasgos fisionómicos del grande Urdaneta; y habiendo alcanzado una copia fotográfica de aquel retrato, confiaron á la pericia del delicado pintor guipuzcoano D. Alejandrino Irureta el difícil, pero honroso encargo de dar nueva vida en el lienzo al ilustre hijo de Villafranca. Cumplió el Sr. Irureta su cometido, como era de esperar de su reconocida habilidad, y de su escrupulosa conciencia artística, que le lleva, no tanto á dejarse arrebatar por los vuelos de su fantasía, como á buscar en la realidad sana y depurada la fuente caudalosa de sus inspiraciones, convencido de que aún el arte más idealista no ha de comenzar por despreciar la naturaleza, sino por afian-

zarse en ella y saturarla de espíritu. Por distintos motivos se fué aplazando la colocación de este retrato en la Sala Consistorial de Villafranca, hasta que, vencidos ya todos los obstáculos, y obtenida la valiosísima cooperación de un ilustre miembro de la Orden Agustiniense que se ofreció á pronunciar la oración sagrada en la función religiosa que con tan fausta ocasión se celebrara, se dispuso fijar el día 29 del pasado mes de Julio para esos actos, cuya aparente modestia no es óbice para que dejemos de considerarlos como patrióticos sucesos, de importancia algo mayor que la de otros más ruidosos que no dejan en la historia más que un efímero é infecundo rastro.

De víspera se notaba en Villafranca la animación precursora de las fiestas y regocijos populares. El vecindario se ufanaba por engalanar sus casas; el Ayuntamiento decoraba su salón, valiéndose al efecto de lozanas flores, de esos tesoros vivos con que se adorna el Universo; la calle que lleva el nombre de Fray Andrés de Urdaneta sintió turbado su habitual silencio y reposo por los acordes de la música y el movimiento que ésta produce; la población se iluminó por la noche con luz eléctrica; y todos los corazones latían á impulsos de generoso y patriótico placer.

Era ocasión oportuna para exclamar con Leopardi:

*Or la squilla da segno  
Della festa che viene:  
Ed a quel suon diresti  
Che il cor si riconforta.  
I fanciulli gridando  
Fanno un lieto romore....*

Llegó el día 29. Muy de mañana comenzó la animación característica de la fiesta. A las diez se celebró en la iglesia parroquial una solemne Misa mayor, á la cual asistió el Ayuntamiento en pleno, y á su frente el Sr. Presidente de la Diputación, el Sr. Alcalde de Zumarraga y los representantes de Corporaciones y particulares invitados. Ofició el Vicario de la propia iglesia D. Bonifacio de Lasa, y se cantó, por un nutrido coro de escogidas voces, hábilmente dirigido por el maestro de capilla Sr. Lasa, y acompañado al órgano con su habitual buen gusto por el organista de Beasain Sr. Tellería, una magnífica misa del maestro Gorriti, cuya inspiración se desborda y engrandece cuando

trata de interpretar en el pentágono los ayes del alma humana que suspira por la patria celeste, los acentos de consoladora confianza en la Misericordia divina, el *Sursum corda* que levantan todas las criaturas en alabanza del Creador.

La oración sagrada, dicha por el M. R. P. Fray José Valentín de Alústiza, Vicario provincial de la Provincia agustiniana de España y sus Antillas, merece capítulo aparte. Es el P. Alústiza un *vir bonus* en toda la extensión de la palabra: bascongado entusiasta, afable y sencillísimo en su trato, inflamado por apostólico celo, dotado de una actividad extraordinaria, hombre de grandes iniciativas, incapaz de desmayo ante la contrariedad, como quien con ella adquiere nuevas fuerzas, ha llegado ya en edad temprana á ocupar muy elevados puestos en la Orden gloriosa á que pertenece, y ha prestado á la Religión y á la patria muy señalados servicios, ora consagrado á la evangelización y á la catequesis, ora fundando casas y colegios en que los jóvenes llamados al estado religioso se preparan para las misiones, y los que aspiran á vivir en el mundo adquieren sólida enseñanza y forman su corazón y su carácter á fin de ser el día de mañana ejemplares padres de familia y ciudadanos útiles á la nación. El hombre y el orador son una sola cosa en el P. Alústiza: nada más lejos de él que la afectación retórica, la nimia y exagerada corrección que va midiendo y pesando las frases. Cuando se oye al Padre Alústiza, se ve el fondo de su alma, pues la palabra sale de sus labios tal como brota del corazón, con aquella eficacia persuasiva y aquel poder *psicagógico*, ó sea, de conmover las almas, que estuvieron siempre negados á los meros retóricos. Gran cosa es indudablemente la perfección del estilo, cuando por buscar esta perfección no se desdeñan otras cosas más altas y profundas; pero lo que no alcanza nunca el primor y elegancia de la frase, lo alcanza en el predicador el calor del alma, el entusiasmo generoso y comunicativo, la sed de caridad con que se adoctrina á los oyentes. Y á los que se hallan dominados por esta sed inextinguible pertenece el P. Alústiza; y para convencerse de ello, basta haberle escuchado la fervorosa oración sagrada que pronunció desde el púlpito de Villafranca. Es el P. Alústiza natural de la modesta y pintoresca villa de Cerain, y recibió la instrucción primaria en la casa de Cerain-Jáuregui, de donde procedía la madre del gran Urdaneta; y esta circunstancia, unida á la de ser el propio P. Alústiza el primer guipuzcoano que, después del heroico hijo de Villafranca, vistió el hábito de los ermitaños de San

Agustín en la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, le inspiró, en el comienzo de su discurso, conceptos tiernísimos, que predispusieron en su favor al auditorio. Glorificó á Guipúzcoa, á Villafranca y á Cerain; encomió á quienes disponían la celebración de aquellas hermosas fiestas en honor de Urdaneta, recordando, al efecto, no sólo las profundísimas y consoladoras frases con que el Libro sagrado del *Eclesiástico*, en su capítulo tercero, magnifica y alaba á los hijos que honran á sus padres, y á las generaciones que bendicen la memoria de sus antepasados, sino también los elogios á los Patriarcas, que se contienen en el capítulo cuarenta y cuatro del mismo inspirado Libro. Expresó con viveza de colorido cuán maravillosa es la grandeza del hombre, que lleva impreso en su alma el sello de similitud divina con que el Creador le sacó de la nada; enumeró los prodigiosos adelantos que en los tiempos modernos ha realizado el entendimiento humano, apoderándose como dueño y señor de la materia, y haciéndola sierva dócil de sus intereses y necesidades; pero añadió que, cuando el hombre, abandonado á sus propias fuerzas, llega á un límite en que la razón, por más que entreve un más allá, no puede distinguir lo que se encuentra en esos espacios sin fin, y no quiere valerse del auxilio divino de la fe, entonces se empequeñece en grado sumo, y se torna esclavo de sus pasiones y de aquella misma materia á que en apariencia logró someter. Cuando se llega á ese límite, el positivismo se encoge de hombros, y no quiere reconocer en la razón humana capacidad para investigar la causa primera y último fin de las cosas; el idealismo racionalista construye fábricas que producen vértigo por su aparente grandeza, pero que se desvanecen al soplo de la brisa más leve de contradicción, por estar basadas en sofismas, y no asentadas sobre la roca incommovible de las nociones primeras; mas la filosofía cristiana, que no mutila la conciencia humana, sino que la abarca en toda su integridad, no despreciando la razón, sino levantándose sobre ella, y alentada y vigorizada por los destellos sobrenaturales de la fe, tiende las alas por aquellos horizontes luminosos, bañados por resplandores supasensibles, y nos descubre el piélagó infinito de las perfecciones de Dios. Sólo esa fe es la que comunica al hombre fuerza más que humana para no desmayar ante la contrariedad, ni asustarse ante obstáculos que parecen insuperables. Y esa fe es la que ha impulsado las más admirables empresas que registra la Historia, aquellas que constituyen el timbre y honor más preciado

de los hijos de los hombres. Sin esa creencia en lo sobrenatural; sin esa convicción profunda de que, sobre las miserias é injusticias de esta vida, hay otro mundo mejor donde toda acción laudable tiene su recompensa, y toda obra de perversión y de iniquidad encuentra el condigno castigo; sin una firmísima é inmutable noción de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, grabada con caracteres indestructibles en nuestra conciencia, no tienen explicación posible los sucesos más prodigiosos de la historia humana; y el positivismo habrá de reconocerlo así, si no quiere que se le acuse de faltar á sus propios cánones. Estas consideraciones nos llevan como de la mano, según llevaron al P. Alústiza, á notar la influencia extraordinaria que en las grandes empresas de Urdaneta ejerció la fuerza divina de la fe, que le daba alas, que le mantenía sereno en medio de los mayores peligros, que le hacía arrostrar impávido las más formidables contrariedades, y que le levantaba, en suma, sobre si mismo, porque esa fe es la que mueve de su lugar las montañas. Ni los heroicos hechos de Urdaneta, ni los de sus compañeros y conterráneos Elcano y Legazpi eran realizables, según advertía oportunamente el orador sagrado, sin aquella lumbre sobrenatural de la fe que ardía viva y constantemente en su alma, y les infundía alientos para medir la redondez del planeta, y para llevar á cabo la conquista temporal y espiritual de un archipiélago inmenso y desconocido. En el P. Urdaneta, como en todos los grandes españoles de tales días, se unieron y compenetraron los dos sublimes amores de Dios y de la patria. Veían la bendita bandera española coronada por la Cruz, y allí donde extendían la sombra del glorioso pabellón nacional, allí llevaban la influencia salvadora de esa Cruz, que aparecía como remate y coronamiento de la bandera roja y gualda á cuya vista ardían de entusiasmo los corazones de aquellas gentes. Con tal motivo, recordó el P. Alústiza, con ardorosa elocuencia, cuán grande era la participación que habíamos tenido los bascongados en tan gloriosas empresas, y cuántas y cuán admirables las pruebas que en toda la sucesión de la historia dimos de nuestro amor á la Madre España, demostrando así la parcialidad de ciertos juicios superficiales, que nos atribuían miras egoistas, y no querían concedernos nuestra innegable intervención en gran número de acciones heroicas y beneficiosas para la patria, y el perfecto y generoso desinterés con que en ellas procedimos. Terminó el P. Alustiza su entusiasta oración sagrada, pidiendo al Cielo que la memoria de Urdaneta

sea cada día más glorificada por los hijos de la tierra en que nació, y lafe que le animaba, y la constancia que de ella nacía, se mantengan perpetuamente vivas en el pueblo bascongado.

El discurso del P. Alústiza fué escuchado con fervoroso recogimiento por el numeroso público que llenaba por completo la iglesia parroquial de Villafranca.

Acabada la función religiosa, la comitiva, en el mismo orden en que había venido, y precedida de la música de la villa, que ejecutaba un animado *paso-doble*, se dirigió á la Casa Consistorial, decorada ya para la fiesta que iba en breve á celebrarse.

Ocupó el sillón presidencial del salón de sesiones del Ayuntamiento, el dignísimo Presidente de la Diputación de Guipúzcoa, señor don Ramón María de Lili, teniendo á su derecha al Alcalde de Villafranca Sr. D. Lucas Egoscozabal, y al que estas líneas escribe, y á su izquierda al primer teniente de Alcalde de Zumarraga Sr. D. Dionisio Oyarzabal, que traía allí la representación del pueblo nativo de Legazpi, y al M. R. P. Alústiza, que ostentaba el hábito agustiniano que con tanta gloria vistió el venerable Urdaneta. Los demás señores del Ayuntamiento y de la Comisión, y los invitados por esta, ocuparon en torno de la presidencia los asientos que en otros tiempos solían ocupar los Procuradores de nuestras inolvidables juntas forales; y el público, entre el cual figuraban muy distinguidas señoras y señoritas, y muy respetables caballeros, llenó por completo el espacioso salón, sin que á pesar de la aglomeración que se notaba, dejará de reinar el orden más perfecto, ni hubiera que lamentar el más ligero accidente.

Abrió la sesión el digno Alcalde de Villafranca Sr. Egoscozabal, pronunciando breves y sentidas palabras para exponer el objeto de la misma, enaltecer sobriamente los méritos singulares de Urdaneta, y mostrar su gratitud á cuantos habían acudido allí á rendir un justísimo tributo de admiración á la memoria del sabio cosmógrafo y ejemplar misionero; y muy especialmente, al Sr. Presidente de la Diputación y al Sr. Alcalde de Zumarraga: al primero, porque al honrar aquella fiesta con su asistencia, traía á ella la representación de la Corporación provincial, en la cual vemos todos como encarnadas las tradiciones y esperanzas del pueblo guipuzcoano, y reconocemos una autoridad paternal que es cariñosamente acatada; y al segundo, porque, ostentando en aquel acto la representación de la villa de Zumarraga, evocaba el recuerdo del ilustre Miguel López de Legazpi, cuyo

retrato se propone colocar en su salón de sesiones la Corporación municipal de Villafranca, á fin de que él y Urdaneta, que trabajaron y lucharon juntos por el engrandecimiento de su querida patria, reciban también juntos los homenajes de la posteridad.

Las discretas palabras del Sr. Egoscozabal fueron acogidas por el público con visibles y expresivas muestras de satisfacción.

A continuación del Sr. Alcalde dió lectura al discurso que aparece después de la presente reseña.

Y seguidamente, y por disposición de la presidencia, leí una hermosa carta, henchida de patriótico y generoso entusiasmo, que en aquel mismo momento, y cuando iba á dar comienzo la sesión, acababa de recibir de mi venerado y entrañable amigo, el docto bibliotecario del Escorial Fray Fermín de Uncilla, futuro biógrafo del insigne Urdaneta.

La carta del P. Uncilla, escrita con ese simpático abandono y esa encantadora sinceridad, propios de las cartas familiares, está concebida en los términos siguientes:

«Real Biblioteca del Escorial, 27 de Julio de 1894.

S. D. Carmelo de Echegaray.

Mi querido amigo: Celebro infinito que al fin se haya organizado la fiesta de nuestro Héroe, tomando en ella parte activa un P. Agustino, bascongado y paisano de aquél.

Diga V. á los señores de la Comisión y á mi queridísimo amigo y hermano P. Alústiza que comparto con todos, los sentimientos de la más sincera admiración por el grande Urdaneta, para cuya gloria, que se extiende por el universo mundo, es estrecho recinto ese nobilísimo rincón de la tierra euskara; que me uno á todos ustedes en espíritu, pidiendo al Señor conceda á España hombres del temple y de la grandeza de corazón de Urdaneta, de su heroico valor, de su talento asombroso, de sus grandes intuiciones, de su patriotismo sin desmayos, y de su celo ardiente por la Religión.

En mi deseo vehementísimo de honrar la memoria del hijo insigne de Villafranca, todo me parece poco. Bien está que coloquen su retrato en lugar preferente; que se alce su estatua, gallarda y majestuosa, para ejemplo de generaciones raquílicas y hebenes; pero ¿no se

podría pensar en algo más práctico que en el mármol y en el bronce, en algo útil que él seguramente bendeciría desde el Cielo?

Entre tanto ¡¡¡hurra por Urdaneta!!! ¡Gloria á los pueblos que saben apreciar la de sus hijos!

Repito mi saludo entusiasta a la Comisión y al P. Alústiza.

Suyo

FR. FERMÍN DE UNCILLA.»

Los entusiastas bravos y ruidosos aplausos con que el público interrumpió la lectura de esta carta, fueron la mejor prueba de que los sentimientos que en ella resplandecen, encontraban eco en los corazones de todos los circunstantes; y haciéndose intérprete del deseo general y unánime de cuantos acudieron al acto, acordó la presidencia que se dirigiera al P. Uncilla una comunicación telegráfica que decía así:

«Fray Fermín Uncilla.

Monasterio.

Escorial.

Entre atronadores aplausos se ha dado lectura á su carta en sesión celebrada el día de hoy para honrar la memoria de Urdaneta en la Sala Consistorial de Villafranca.

ALUSTIZA—ECHEGARAY.»

Pocas, pero oportunas, patrióticas y elocuentes fueron las palabras con que cerró la sesión el dignísimo Presidente de la Diputación de Guipúzcoa. Elogió á Villafranca por los sentimientos de elevación y cultura de espíritu que demostraba al organizar fiestas como aquella, á la cual se asoció con entusiasmo, no sólo en nombre propio, sino también en el de la Corporación provincial, añadiendo que abrigaba la seguridad de ser en aquel momento fiel intérprete del sentir de todos sus compañeros y de la opinión unánime del país, porque Guipúzcoa, que es madre de Villafranca, ha de tener por glorias propias las de su

hija, *maxime* cuando estas son tan acendradas y radiantes como la de Urdaneta, quien, iluminado por la fe y amparado en la idea católica, prestó positivos y altísimos servicios a la madre patria, y trabajó con éxito feliz y merecido por su engrandecimiento y prosperidad. Encajó la belleza de la elocuente oración sagrada pronunciada por el M. R. P. Alústiza, y me aludió con extremada benevolencia, que me obliga á muy profunda gratitud, de que quiero y debo dar aquí público testimonio, ya que el favor fué público también. Terminó excitando á todos al enaltecimiento de las glorias bascongadas, y afirmando que la Diputación se hallará siempre dispuesta á favorecer y apoyar resueltamente cuanto signifique alabanza de los hijos ilustres del país, y reparación del injusto olvido en que haya podido tenerseles.

Al propio tiempo que el público recibía con sentidas salvas de aplausos las nobles y elocuentes manifestaciones del Sr. Lili, sonaron en la plaza los acordes patrióticos del *Gernikako-arbola*, se recorrió la cortina que ocultaba el retrato del insigne Urdaneta, colocado en el testero presidencial, y con tanto, se levantó la sesión, no sin darse antes, á propuesta del Vocal de la Comisión Sr. D. Isidro María Aizpuru, vivas al Catolicismo, á la Orden Agustiniiana y á la memoria del esforzado marino y ejemplar religioso en cuyo honor se celebraba la fiesta.

En el programa de esta se había incluido, con muy buen acuerdo, la ejecución de varias danzas características de la tierra, por una comparsa de hábiles bailarines, que apenas han salido aún de la infancia. No bien se apagaron las últimas notas del *Gernikako-arbola*, salió la infantil comparsa, dirigida por un discípulo del famoso Olano, cuya nombradía para la organización de esta clase de bailes fué tan grande y bien ganada; y en un tablado colocado *ad-hoc* en la Plaza Mayor de la villa, ejecutó varios de los pasos descritos por el entusiasta Iztueta en aquel curioso libro que él intituló historia de las danzas del país bascongado, y donde dió clarísimas pruebas de su ferviente amor á las cosas de la Euskal-Erria y de su envidiable conocimiento del idioma de Aitor, aunque la lengua de este libro quede todavía muy lejos de la abundancia y pureza que ostenta la de otro más celebre que compuso siendo ya viejo, y que denominó historia de Guipúzcoa, por más que de historia no tenga nada y de fábula mucho: porque Iztueta era demasiado crédulo y candoroso para escribir la historia de ningún país, y mucho ménos la del suyo, amado por él con amor vehementísimo que

le ponía en los ojos á manera de antiparras maravillosas, á través de las cuales veía aumentadas todas las excelencias, y no distinguía ni columbraba los defectos.

Pero como el amor no siempre ciega, sino que en ocasiones aviva la luz de la inteligencia, y engendra una especie de segunda vista, no dejó de guiar á veces, con acierto, á Iztueta, y le inspiró aquella generosa campaña en pro de las tradiciones bascongadas, á las cuales consideraba indisolublemente unidas con los bailes característicos del país, que eran para él como manifestaciones de nuestra manera de ser, revelaciones de nuestra nativa disposición para el arte de la música y para el ejercicio de la gimnástica, y medios apropiados para perpetuar las notas más salientes de nuestra constitución interna, y diferenciar-nos así de los demás pueblos, á pesar de la ola invasora que ya para sus tiempos amenazaba borrar todo particularismo, y confundir á todas las razas en una monótona y desalodora uniformidad.

Los esfuerzos de Iztueta no fueron inútiles. Lo demuestra la habilidad, la precisión, la gracia con que los jóvenes bailarines de Villafraña ejecutaron sus movimientos, provocando tempestad de aplausos, muy merecidos por cierto. En todas cuantas evoluciones hicieron, y no fueron poco variadas, no resaltaba el menor esfuerzo, ni la más ligera violencia; por eso hemos hecho notar la gracia con que las ejecutaron, porque, como dice Herbert Spencer, la libertad en los movimientos es el alma de la gracia, y una acción es tanto más graciosa cuanto mayor libertad supone y ménos esfuerzo muscular exige. Una forma—expresa el mismo autor—es graciosa cuando revela una fuerza que se desenvuelve sin esfuerzo. De aquí se deduce que no hay movimiento más gracioso que el movimiento curvilíneo, porque la línea curva, formada de infinitas líneas que se funden entre sí sin interrupción, es el schema de un movimiento en que hay la menor pérdida de fuerza posible y no se exigen esfuerzos inútiles á ningun músculo.

Considerados bajo este aspecto, los bailes del país bascongado, ponderados con tanto entusiasmo por Iztueta, no pueden menos de ser incluidos en el grupo de las artes secundarias, por el elemento estético que en ellos interviene. Bien hacen los que procuran conservarlos y fomentarlos, no solo por lo que de este modo se contribuye al mantenimiento de las tradiciones locales, sino porque siendo de suyo la educación humana obra tan vasta y compleja, será tanto más perfecta cuanto mejor responda á las múltiples direcciones del espíritu del

hombre, atendiendo con eficacia á los anhelos de indagación de la verdad, de expresión de la belleza y de realización del bien. Apreciar los bailes característicos del pueblo bascongado como uno de los elementos imprescindibles de la educación de ese pueblo, es comprender el altísimo sentido que encierra el ideal pedagógico de los griegos, según el cual, en la educación humana deben mezclarse por partes iguales la dulzura y la fuerza, la gimnástica y la música. Y de ambas cosas participan las danzas de que venimos hablando, pues á la par que vigorizan los músculos de los nuevos púgiles, y dan á sus miembros agilidad y soltura de movimientos, contribuyen á hacerles más aptos para la penetración de las bellezas de la música, por la conexión íntima que existe entre la danza y el canto. Sin una buena educación del oído, no es posible seguir en los diversos pasos del baile los movimientos rítmicos del aire musical á que se sujeta. Yo creo que el mayor elogio que puede hacerse de los que forman parte de estas comparsas de bailarines, es decir

Que nunca el ritmo ni la gracia olvidan....

A tales reflexiones me habia yo entregado cuando tuve el gusto de presenciar la facilidad y gracia con que los jóvenes bailarines de Villafranca demostraron su pericia en las danzas que se propusieron ejecutar ante el público, y que no fueron, ni con mucho, todas las de su clásico y variado repertorio.

Y de tales consideraciones me arrancó la necesidad de acudir al banquete oficial que se dió en los amplios salones del Ayuntamiento, y que, por lo escogido de los manjares, por la habilidad con que estaban aderezados, y por el esmero que reinó en el servicio, hacen recomendable la fonda de D. Antonio Peña, á la cual, con muy buen acuerdo, se había encomendado este encargo.

Se había dispuesto la mesa en forma de herradura, y en ella se sentaron: el Sr. Presidente de la Diputación D. Ramón María de Lili; el Alcalde de Villafranca Sr. Egoscozabal; el primer teniente de Alcalde de Zumarraga Sr. Oyarzabal; el P. Alústiza; el Sr. D. Pedro Manuel de Soraluze, Vocal-archivero y bibliotecario de la Comisión de Monumentos de Guipúzcoa, quien llevaba allí la representación de la familia del finado D. Nicolás de Soraluze, cuyo celo por la glorificación de los hijos ilustres del país es de aquellas cosas que, por lo conocidas, ni siquiera necesitan mencionarse; el Sr. D. Alejandro Irueta, autor del retrato de Urdaneta, por cuya colocación se verificaba

cita función cívico-religiosa, el Sr. D. Bonifacio Lasa, Vicario de la iglesia parroquial de Villafranca, los Coadjutores de la misma señores Nazabal y Otaegui, el Teniente de miqueletes Sr. Zuloaga, el Comandante del puesto de la Guardia civil Sr. Perez, el Juez municipal señor Baamonde, el Fiscal municipal suplente Sr. Mendizabal, los individuos del Ayuntamiento ó de la Comisión Sres. Mediano, Aizpuru, Imaz, Echeverria, Larrea, Aguirre, Lazcano, Iturrioz, Usabiaga, Urteaga y Gueresta, el Secretario de la misma Corporación Sr. Martinez, el organista de Beasain Sr. Tellería, mi hermano Bonifacio y el autor de esta reseña. Mi amigo el Inspector de archivos municipales de Guipúzcoa D. Serapio Múgica, que hubiera representado en esta fiesta á la revista EUSKAL-ERRIA, no pudo asistir, bien á pesar suyo, pero envió una entusiasta carta, henchida de patrióticos sentimientos y reveladora de su amor á las cosas euskaras.

Frente á la mesa, lucía un magnífico centro de flores, delicado obsequio de la señora Duquesa del Infantado, cuya familia representa hoy á la antigua y distinguidísima de Lazcano que de tanta influencia gozó en la historia bascongada durante los dos últimos siglos de la Edad-Media.

Reinó entre los comensales la mayor cordialidad y animación, y cuando llegó la hora de los brindis, y al destaparse el *Champagne*, se levantó el Sr. Presidente de la Diputación, y pronunció breves, pero patrióticas frases, que fueron aplaudidas con entusiasmo. Se mostró complacido de las muestras de pujanza y vitalidad que va dando el espíritu euskaro, trayendo á los ánimos esperanzas de mejores días; insistió en la necesidad de conservar y vigorizar ese espíritu, y de enaltecer á los grandes hombres que, como Urdaneta, han sido timbre y honor de nuestra raza; elogió el actual florecimiento de las letras y de la historiografía en el país bascongado; y aludió, con discreción exquisita, á los representantes de diversas Corporaciones oficiales y literarias que se sentaban á la mesa.

El Sr. Alcalde de Villafranca manifestó su deseo de escuchar la palabra del Sr. Soraluze, hijo del infatigable historiador del mismo apellido, á cuyo entusiasmo por las glorias del país se debe en parte la popularidad que el gran nombre de Urdaneta alcanza hoy entre sus paisanos.

El Sr. Soraluze agradeció profundamente cuantas manifestaciones sehabían hecho en loor de su finado padre D. Nicolás; y añadió que

fiestas como la que se celebraba, no podían menos de llenar de legítima alegría á todos los amantes del país bascongado. Como individuo de la Comisión de Monumentos de Guipúzcoa, expresó cuán eficaces eran los auxilios que presta la Diputación á los trabajos históricos, arqueológicos y literarios que tienen por objeto esclarecer nuestro pasado, y despertar la afición y el culto de las bellas artes.

El Sr. Alcalde de Zumarraga dió las gracias, en nombre del pueblo que representaba, por cuantas atenciones se le habían guardado, é indicó su deseo de corresponder á ellas de una manera digna, en ocasión análoga que no dejaría de presentarse.

El P. Alústiza afirmó que, como miembro de la Orden de San Agustín, quedaba vivamente reconocido á cuantos habían contribuido á la glorificación del grande Urdaneta, que fué prez y honra de la Orden.

También yo quise mostrar mi gratitud por las deferencias con que el Ayuntamiento y la Comisión me habían abrumado, aunque no sé si acerté á mostrarla. Lo que sí sé, es que traté de enviar un cariñosísimo saludo á mi venerado y entrañable amigo, el M. R. P. Fray Fermín de Uncilla, de cuya discreción y saber esperamos cuantos le conocemos, que nos proporcionará el deleite espiritual de poseer en breve un magnífico y fundamental estudio sobre Urdaneta.

La música de la villa, situada frente á la Casa Consistorial, ejecutaba, entre tanto, varias de las piezas de su repertorio. Y cuando lanzó á los aires las vibrantes notas del *Gernikako arbola*, fué tal la tempestad de afectos que hirvió en mi alma, y tan intensa la emoción que me dominó, que no pude menos de pronunciar en bascuence unas cuantas palabras que fuesen pálido testimonio de lo que en aquellos momentos sentía mi corazón. Recordé que la lengua euskara fué la nativa de Urdaneta y de Legazpi, aquella de que acaso se valieron cuando se trataron en la capital de Nueva-España, y cuando concibieron y maduraron el glorioso proyecto de conquista y colonización de las Islas Filipinas. Afirmé que Dios ha dado al basco las dos cosas más grandes de la tierra: el mar y las montañas. Y agregué que, como en otra ocasión había asegurado, el mar y las montañas serán los defensores de la lengua de Aitor, y los que impedirán que nunca se pierda en el país euskaro, porque el pescador que lucha diariamente con los furores del Cantábrico, y el modesto y honrado campesino que vive en las estribaciones de la gran cordillera pirenaica, jamás abandonarán

el uso de nuestro milenario idioma, y ahora y siempre exclamarán con Arrese y Beitia:

*Euskaldun jayo giñan,  
Euskaldun gera azi,  
Euskaraz zigulako  
Amak erakutsi.  
Euskara laztan maite  
Zabiltz gugaz beti:  
¡Euskara ill ezkerero,  
bi degu nai bizi!*

Así, con estas palabras tan euskaras, no sólo por la lengua en que están escritas, sino por los valentísimos conceptos que con ellas expresó Arrese y Beitia, terminó el banquete, enviándose á la Sra. Duquesa del Infantado, por acertada disposición del Sr. Lili, uno de los ramos de flores que decoraban la mesa.

La comparsa de bailarines se distinguió de nuevo por la tarde en la ejecución de diversas danzas, recogiendo buena y merecida cosecha de aplausos. Por nuestra parte se los prodigamos con el mayor gusto.

La despedida que, cuando ya declinaba el día, se hizo al Sr. Presidente de la Diputación, fué demostración magnífica y elocuente del respeto cordial y cariñoso que en este país alcanzan las autoridades populares, aquellas que simbolizan y representan la tradición bascongada. El pueblo en masa acompañó, con música, al Sr. Lili, hasta el puente de Lazcaibar, límite jurisdiccional de Villafranca, donde le esperaba el *landeau* que había de conducirle á Vergara. El ánimo más desalentado se sentía abierto á consoladoras esperanzas, al contemplar aquel hermoso espectáculo, aquella ejemplar unión de voluntades concertadas para dar prueba de la consideración y el prestigio que á los ojos de sus administrados tiene la Diputación de Guipúzcoa y su dignísimo Presidente. No hay para la autoridad pedestal más sólido y glorioso que el amor de los que han de ser guiados por ella. Autoridad que goce de ese amor es indestructible, porque participa de los caracteres augustos de la autoridad paterna, que es en la tierra imagen de la autoridad de Dios.

Continuaron en Villafranca las fiestas durante la noche. Hubo música, fuegos artificiales, y lo que vale más que todo, y es el mayor elogio que puede hacerse de la sensatez y cordura de un pueblo, un or-

den verdaderamente admirable. Ni la más leve riña turbó la expansión ordenada y legítima de los hijos de Villafranca.

Así terminaron las fiestas celebradas en honor de Fray Andrés de Urdaneta. Tan gratas fueron á nuestro corazón, que á cada instante quisiéramos renovarlas con el recuerdo. Del crepúsculo vespertino decía el gran poeta de las *Meditaciones* y de las *Harmonías*, que iba bañando de suave luz el ambiente, por no privar de golpe á la tierra de los esplendores del día. Lo mismo decimos nosotros de aquellas hermosas fiestas: no queremos privar de golpe á nuestro corazón del placer de asistir á ellas, y las prolongamos en nuestra mente.

CARMELO DE ECHEGARAY.

---

## PROFESIÓN RELIGIOSA DE URDANETA

---

Yo frai Andrés de Urdaneta, hijo legitimo de Johan ochoa de Urdaneta e de doña gracia de çerain, defuntos, que dios los tenga en su gloria, vezinos que fueron de Villafranca de la provincia de guipuzcoa ques en los Reynos de España, hago profesion y prometo obediencia á dios todo poderoso y a la gloriosa virgen Santa María su Madre, y al glorioso nuestro padre Santo augustin, y a bos el venerable padre frai augustin de Coruña, prior en este monasterio del nombre de Jesus, de la orden de nuestro glorioso padre Santo augustin desta gran ciudad de mexico en nonbre y en vez del muy benerable padre prior general de los ermitaños de la orden de nuestro glorioso padre Santo augustin y de sus sucesores, y de vibir sin propio y en castidad segund la Regla de nuestro glorioso padre Santo augustin Asta la muerte. fecho en mexico oy lunes á veynte dias del março de mill e quinientos e cincuenta e tres años=Fr. augustin de coruña prior=fray diego de vertavillo=frai andres de Urdaneta.